



CAPÍTULO XVI.

Del accidente que acometió al mono del conde Galiano, y de la pena que causó á este señor. Cómo Gil Blas cayó enfermo; y cuáles fueron las resultas de su enfermedad.



El sosiego que reinaba en la casa le turbó estrañamente un suceso que al lector le parecerá una bagatela; pero que no obstante llegó á ser muy serio para los criados, y sobre todo para mí. Cupido, aquel mono de que he hablado, aquel animal tan querido del amo, al saltar un día de una ventana á otra, tomó tan mal sus medidas que cayó al patio, y se dislocó una pata. Apenas supo el conde esta desgracia cuando empezó á dar gritos como una muger; y en el exceso de su sentimiento echó la culpa á sus criados sin escepcion, y faltó poco para que los echara á todos á la calle. No obstante, limitó su indignacion á maldecir nuestro descuido, y darnos mil epítetos con palabras descomedidas. Inmediatamente hizo llamar á los cirujanos mas hábiles de Madrid en fracturas y dislocaciones de huesos. Reconocieron la pata del herido, repusieron el hueso en su lugar, y la vendaron; pero por mas que asegurasen no ser cosa de cuidado, no pudieron conseguir que mi amo no retuviese á uno de ellos para que permaneciera al lado del animal hasta su perfecta curacion.

Haria mal si pasara en silencio las penas é inquietudes que tuvo el señor siciliano durante este tiempo. ¿Se creerá que no se apartaba en todo el día de su Cupido? Estaba presente cuando le curaban, y de noche se levantaba dos ó tres veces á verle. Lo mas penoso era que con precision habían de estar todos los criados, y principalmente yo, siempre levantados, para acudir pronto á lo que se necesitara en servicio del mono. En una palabra, no hubo en la casa un instante de reposo hasta que la

maldita bestia, curada de su caída, volvió á sus saltos y volteretas ordinarias. A vista de esto, bien podemos dar crédito á la narracion de Suetonio, cuando dice que Calígula amaba tanto á su caballo, que le puso una casa ricamente alhajada con criados para servirle, y que tambien queria hacerle cónsul. Mi amo no estaba menos enamorado de su mono, y con gusto le hubiera nombrado corregidor.

Por desgracia mia yo me distinguí mas que todos los criados en complacer al amo, y trabajé tanto en cuidar de su Cupido, que caí enfermo. Me dió una fuerte calentura, que se agravó de modo que perdí el sentido. Ignoro lo que hicieron conmigo en los quince dias que estuve á la muerte; y solamente sé que mi mocedad luchó tanto con la calentura, y tal vez contra los remedios que me dieron, que al fin recobré el conocimiento. El primer uso que hice de él fué observar que estaba en un cuarto diferente del mio; quise saber por qué, y se lo pregunté á una vieja que me asistia, pero me respondió que no hablara, porque el médico lo habia prohibido espresamente. Cuando estamos buenos, ordinariamente nos burlamos de estos doctores; pero en estando malos nos sometemos con docilidad á sus preceptos.

Aunque mas desease hablar con mi asistenta, tomé la determinacion de callar; y estaba pensando en esto, á tiempo que entraron dos como elegantes muy desembarazados, con vestidos de terciopelo, y ricas camisas guarnecidas de encages. Me imaginé que eran algunos señores, amigos de mi amo, que por atencion á él me venian á ver, y en esta inteligencia hice un esfuerzo para incorporarme, y por política me quitó el gorro; pero mi asistenta me volvió á tender á la larga, diciéndome, que aquellos señores eran el médico y el boticario que me asistian.

El doctor se acercó á mí, me tomó el pulso, miróme atentamente el rostro, y habiendo observado todas las señales de una próxima curacion, se revistió de un aspecto victorioso, como si hubiese puesto mucho de suyo, y dijo que solo faltaba tomase una purga para acabar su obra; y que en vista de esto bien podia alabarse de haber hecho una buena curacion. Despues de haber hablado de esta suerte, dictó al boticario una receta, mirándose al mismo tiempo á un espejo, atusándose el pelo, y haciendo tales gestos que no pude dejar de reirme á pesar del estado en que me hallaba. Hizome una cortesía y se marchó, pensando mas en su cara que en las drogas que habia recetado.

Luego que salió, el boticario, que sin duda no fué á mi casa en vano, se preparó para ejecutar lo que ya se puede discurrir. Fuese porque temiese que la vieja no se daria buena maña, ó sea para hacer valer mas el género, quiso operar por sí mismo; pero á pesar de su destreza, apenas me habia disparado la carga, cuando, sin saber como, la rechacé sobre el

manipulante, poniéndole el vestido de terciopelo como de perlas. Tuvo este accidente por adeala del oficio. Tomó una toalla, se limpió sin decir palabra, y se fué bien resuelto á hacerme pagar lo que le llevase el quitamanchas, á quien sin duda tuvo precision de enviar su vestido.

Á la mañana siguiente volvió vestido mas llanamente, aunque nada tenia que aventurar ya, y me trajo la purga que el doctor habia recetado el dia antes. Yo me sentia por momentos mejor; pero fuera de eso habia cobrado tanta aversion desde el dia anterior á los médicos y boticarios, que maldecia hasta las universidades en donde á estos señores se les dá la facultad de matar hombres sin riesgo. Con esta disposicion, declaré enfadado que no queria mas remedios, y que fueran á los diablos Hipócrates y sus secuaces. El boticario, á quien maldita de Dios la cosa se le daba de que yo diera el destino que quisiera á su medicina, con tal que se le pagase, la dejó sobre la mesa, y se retiró sin decirme una palabra.

Inmediatamente hice arrojar por la ventana aquel maldito brebaje, contra el cual habia formado tal apension, que habria creido beber veneno si lo hubiera tomado. Á esta desobediencia añadí otras: rompí el silencio, y dije con entereza á la que me cuidaba, que lo que positivamente queria era me diese noticias de mi amo. La vieja que temia escitar en mí una alteracion peligrosa si me respondia, ó por el contrario, que si dejaba de satisfacerme irritaria mi mal, se detuvo un poco; pero la insté con tal empeño, que al fin me respondió:—Caballero, vd. no tiene mas amo que á vd. mismo. El conde Galiano se ha vuelto á Sicilia.

Me parecia increíble lo que oía; pero nada era mas cierto. Este señor desde el segundo dia de mi enfermedad, temiendo que muriese en su casa, tuvo la bondad de hacerme trasladar con lo poco que tenia á una posada, en donde me dejó abandonado sin mas ni mas á la Providencia y al cuidado de una asistenta. En este tiempo tuvo orden de la corte para restituirse á Sicilia, y se marchó tan aceleradamente, que no pudo pensar en mí, ya fuese porque me contaba con los muertos, ó ya porque las personas de distincion suelen padecer estas faltas de memoria.

Mi asistenta fué la que me lo contó todo, y me dijo que ella era la que habia buscado médico y boticario para que no muriese sin su asistencia. Estas bellas noticias me hicieron caer en un profundo desvario. ¡Á Dios mi establecimiento ventajoso en Sicilia! ¡Á Dios mis mas dulces esperanzas! “Cuando os suceda alguna gran desgracia, dice un papa, examinaos bien, y encontraréis que siempre habeis tenido alguna parte de culpa.” Con perdon de este Santo Padre, no puedo descubrir en qué hubiese yo contribuido á mi fatalidad en aquella ocasion.

Cuando ví desvanecidas las lisongeras fantasmas de que me habia llenado la cabeza, lo primero que me ocupó el pensamiento fué mi maleta,

que hice traer á mi cama para registrarla. Al verla abierta suspiré:—¡Ay mi amada maleta, exclamé, único consuelo mio! A lo que veo has estado á merced de manos ajenas.—No, no, Señor Gil Blas, me dijo entonces la vieja, crea vd. que nada le han robado. He guardado su maleta lo mismo que mi honra.

Encontré el vestido que llevaba cuando entré á servir al conde; pero busqué en vano lo que me mandó hacer el Mesines. Mi amo no habia tenido por conveniente dejármelo, ó alguno se lo habia apropiado. Todo lo restante de mi ajuar estaba allí, y tambien una bolsa grande de cuero en donde tenia mi dinero. Lo conté dos veces, porque á la primera, no hallando mas que cincuenta doblones, no creí quedasen tan pocos de doscientos y sesenta que dejé en ella antes de mi enfermedad.—¿Qué es esto? buena muger, dije á mi asistenta. Mi caudal se ha disminuido mucho.—Nadie ha llegado á él, respondió la vieja, y he gastado lo menos que me ha sido posible; pero las enfermedades cuestan mucho, es necesario estar siempre dando dinero. Vea vd., añadió la buena económica sacando de la faltriquera un legajo de papeles, vea vd. una cuenta del gasto tan cabal como el oro, y que os hará ver que no he malgastado un ochavo.

Recorrí la cuenta, que bien tendria sus quince ó veinte hojas. ¡Dios misericordioso! ¡qué de aves se habian comprado mientras yo estuve sin sentido! Solamente en caldos ascenderia la suma por lo menos á doce doblones. Las otras partidas eran correspondientes á esta. No es decible lo que habia gastado en carbon, en luz, en agua, en escobas, &c. Sin embargo, por muy llena que estuviese su lista, el total llegaba apenas á treinta doblones, y por consiguiente debian quedar todavía doscientos treinta. Díjeselo; pero la vieja con un aire de sencillez empezó á poner por testigos á todos los santos, de que en la bolsa no habia mas que ochenta doblones cuando el mayordomo del conde le habia entregado mi maleta.—¿Qué dice vd.? buena muger, le interrumpí con precipitacion. ¿Fué el mayordomo quien dió á vd. mi ropa?—El fué realmente, me respondió: por mas señas que al dármela me dijo:—Tome vd., buena muger, cuando el señor Gil Blas esté frito en aceite, no deje vd. de obsequiarle con un buen entierro. En esta maleta hay con que hacerle las honras.

—¡Ah, maldito Napolitano! exclamé entonces, ya no necesito saber en donde para el dinero que me falta. Tú lo has llevado para desquitarte de lo que te he impedido hurtases. Despues de esta invectiva dí gracias al cielo de que el bribon no hubiese cargado con todo. No obstante, aunque yo tenia motivo para imputarle el hurto, no dejé de discurrir que acaso podia haberlo hecho mi asistenta. Mis sospechas tan presto recaian sobre el uno como sobre el otro; mas para mí siempre era lo mismo. Nada dije á la vieja, ni tampoco quise altercar sobre las partidas de su

larga cuenta, porque nada hubiera adelantado: es preciso que cada uno haga su oficio. Mi resentimiento se redujo á pagarle, y despedirla de allí á tres dias.

Me imagino que al salir de mi casa fué á avisar al boticario de que yo la habia despedido y me hallaba ya restablecido y fuerte para poder tomar las de Villadiego sin pagarle, porque le ví venir de allí á poco que apenas podia echar el aliento. Dióme su cuenta, en la que venian los supuestos remedios que me habia suministrado cuando estaba yo sin sentido, puestos con unos nombres que no entendí, aunque habia sido médico. Esta se podia llamar propiamente cuenta de boticario, y así cuando llegó el caso de la paga altercamos bastante, pretendiendo yo que rebajase la mitad, y él porfiando que no bajaria un maravedí; pero haciéndose cargo al fin el boticario de que las habia con un mozo que en el dia podia marcharse de Madrid, tomó á bien contentarse con lo que le ofrecia, es decir, con tres partes mas de lo que valian sus medicinas, por no esponerse á perderlo todo. Con mucho sentimiento mio le aflojé el dinero, con lo que se retiró bien vengado de la desazoncilla que le causé el dia de la lavativa.

El médico llegó casi al punto, porque estos animales van siempre uno tras otro. Le satisfice el importe de sus visitas, que habian sido frecuentes, y se marchó contento. Mas para acreditarme que habia ganado bien su dinero, antes de retirarse me refirió por menor las mortales consecuencias que habia precavido en mi enfermedad, lo cual hizo en términos muy elegantes y con un aspecto agradable; pero nada comprendí de cuanto dijo. Luego que salí de él, me juzgué ya libre de todos los familiares de las parcas; pero me engañaba, porque vino tambien un cirujano, á quien en mi vida habia visto. Saludóme muy cortesmente, y manifestó mucho gusto de hallarme fuera del peligro en que me habia visto, atribuyendo este beneficio, decia él, á dos copiosas sangrias que me habia hecho, y á unas ventosas que habia tenido la honra de aplicarme. Esta pluma quedaba que arrancarme todavía: me fué preciso asimismo pagar al cirujano. Con tantas evacuaciones se quedó tan flaco mi bolsillo, que se podia decir era un cuerpo aniquilado; y que ni aun le quedaba el húmedo radical.

Al verme otra vez abismado en tan miserable situacion empecé á desanimarme. En casa de mis últimos amos me habia aficionado de suerte á las comodidades de la vida, que no podia ya como en otro tiempo considerar la indigencia del modo que un filósofo cínico. A la verdad no debia entristecerme, teniendo repetidas esperiencias de que la fortuna apenas me derribaba cuando me volvía á levantar: antes hubiera debido mirar mi infeliz estado como una ocasion de inmediata prosperidad.